



¡¡ UNIVERSIDAD !!

J. RODRIGUEZ DEL CASTILLO AGESTA

Antes, cuando había sólo unos cuantos seres electos en cada región, unos cuantos hombres que deseaban tener un título, el país organizó unos «Colegios» centrados en Valladolid—sede real—, en Salamanca, tradicional y ascética, en Barcelona y Sevilla, etc.

Eran como centrales espirituales situadas en los grandes núcleos de población, excepto Valladolid y Salamanca, que aún no eran tan densos de población como Barcelona y luego Madrid. Allí se mantenían aquellos inicios de Universidades. Y allí tenían que acudir los estudiantes del distrito universitario, los más próximos; tenían que vivir en las famosas «casas de huéspedes», económicas, sórdidas, mezquinas, más bien desordenadas y estrafalarias, con el correspondiente sacrificio de la familia.

Pero ya entonces, la existencia de la Universidad se refleja en el pueblo y se notó en poco tiempo. En aquellas capitales aumentó rápidamente el número de profesionales

con título, ya que cualquier familia de pequeña economía podía tener hijos con afán de alcanzar situaciones elevadas. Y podían realizarlo con facilidad. La cultura de algunos se reflejaba en todo el pueblo, en todo el público. Como si todos se sintieran partícipes de una cultura y de una educación mejor. Era una satisfacción ver que unos hijos con capacidad mental suficiente podían elevarse por encima del nivel medio. Con ello, la posición de aquella región adquiría una importancia mayor indiscutible. Y ello añadía prestigio a España.

En su comienzo, la Universidad fue sólo «Colegio», centro de estudios más o menos regulares. En general eran regidos por eclesiásticos y autorizados por el obispo, siendo en los más importantes autorizados por el rey, más tarde.

En la Edad Media, España tenía muchos centros o «Colegios» de estudio. En general se componían de estudian-

tes extranjeros y se organizaban en relación con el número de habitantes en la región. El Estudio General de Salamanca, de Alfonso IX, sin ser Universidad aún, era ya muy concurrido. Lo mismo que los «Colegios» de Valladolid. Y fue Fernando III quien fundó la Universidad de Salamanca y Alfonso X le dio cátedras de Lenguas, Retórica, Medicina, Matemáticas y Música.

Más tarde se hicieron las de Lérida, Huesca, Zaragoza y Valencia, adquiriendo estas últimas el predominio regional.

Pero fue el clima espiritual del Renacimiento el que verdaderamente empujó a la creación de Universidades, con su abanico de enseñanzas. Y aunque habían sido, esencialmente, de germen religioso, se fueron «civilizando» y luego los reyes les fueron dando su origen. Así, Isabel I hizo la de Zaragoza y la de Valencia. Cisneros hizo la de Alcalá la de Barcelona, Sevilla, Granada, Toledo, Oviedo y Santiago.

En cuanto a la Universidad de Oñate, era un «Colegio Mayor» creado por Rodrigo Mercado de Zuazola, obispo de Avila, virrey de Navarra y arzobispo de Santiago. El mismo era de Oñate y fue amigo del cardenal Cisneros (1543). Pero la escasez de sus rentas le llevó a su decadencia en el siglo XVIII y su cierre en 1842. Aunque se intentó rehabilitarlo en 1869 y se volvió a cerrar en 1902. Se hallaba desafortunadamente colocada.

* * *

De estirpe religiosa, la Universidad ha evolucionado hacia el laicismo. Como la vida social misma. Mas, actualmente, lo más importante de la creación de las Universidades es acertar en su situación socio-geográfica, en su posición dentro de una provincia. Cuando las comunicaciones sean rápidas, constantes y perfectas, la Universidad puede estar en la capital. En cambio, si las distancias están mal salvadas por las comunicaciones, no deben estar centradas allí. Oñate es una buena muestra de tal error. Por eso, actualmente, cuando la densidad de la población es enorme en las mayores capitales, allí es donde pueden radicar las facultades. Sería desafortunado situar un centro universitario en una zona agrícola por excelencia. Y es siempre atinado situarlo en zonas más industriales, donde la «renta per cápita» es elevada, puesto que allí todos los hombres y mujeres nacen con un impulso diferente, con un ímpetu hacia la cultura. Y a veces se les obliga a los muchachos a perder enormes posibilidades y grandes oportunidades, desviándose hermosas inteligencias, cuando no se les da la posibilidad de llegar a la altura de una profesión intelectual o a la cima de la cultura.

Si queremos hacer un país elevado, lo primero es dar y extender, facilitar al máximo, estimular la progresión de la cultura. De lo contrario, el país pierde muchos años de adelantamiento. Desgraciadamente, de estos frenazos históricos sabemos mucho los españoles. Se queda rezagado sobre el ritmo que llevan los demás. Y cuando no se hace, por atender a vetustos intereses creados, entonces se labora contra la patria, contra el pueblo y contra el avance. Los programas de educación no pueden ser interferidos por fuerzas ocultas o fantasmales, ni por intereses diversos. Pues en ello no hay más, ni mayor interés, que el de los españoles todos.

Aquel que atendiera sólo a la necesidad del público, teniendo en sus manos hacerlo, sin escuchar a los grupos habituados a presionar en la política, se haría un nombre ilustre para España y para su historia. Pues cuando se dirige, con la enorme responsabilidad que se adquiere, no se puede atender a intereses de grupo, aunque influyan algo en el caminar de la política. Ni a las sectas organizadas al

amparo de pasadas astucias hábiles, pero antipopulares. Sólo se puede escuchar la voz de un pueblo y el interés de la Historia y seguir el guión de la instrucción pública mundial.

Porque la cultura es lo único que puede engrandecer a un país. La industria continúa haciendo secciones, sectores y, en cambio, la cultura equilibra las clases y modula su acercamiento. El odio de clases no crece cuando el intelecto predomina. Este se exalta con la incultura y se fomenta con la pasión. Mas el hombre, cuanto más cultivado, suele ser menos pasional. Son la reflexión y la lógica los que van infiltrando, con muchas consecuencias de serenidad, a medida que se adquiere cultura. Hay un orgullo en la cultura, que le falta al obrero. Y ese orgullo cura el odio de clases. Esto sólo lo consigue la Universidad.

Crear cultura en los grandes centros de población es una obra obligada de todo Estado. Guipúzcoa representa 700.000 habitantes y es exigua de extensión. Ha mostrado a lo largo de su historia una gran afición y una gran apetencia hacia la cultura. Es la puerta de Europa a nuestro país. Y al pueblo que pide cultura no se le puede escamotear, ni escatimar grados y clases de cultura. Porque es ese pueblo el que más elevación y más amplitud va a dar al espíritu popular y el que más ha de colaborar con las ideas equilibradoras actuales. A ese pueblo no se le puede dejar en la indigencia intelectual, porque ello constituye un abandono lesional a la patria. Es tanto como hacer alpargatero al hijo que nos pide ser arquitecto o médico, ser humanista o filósofo. Debemos oír y atender con amor sus aspiraciones. Y secundar su afición, si queremos ser dignos padres de aquel hijo. Pero escuchar a un amigo, egoísta y detractor, que actúa por envidias y egoísmos en contra de nuestro deber, es un delito sentimental y pedagógico.

Guipúzcoa es un pueblo que clama con el corazón y con el cerebro por obtener ese centro intelectual completo, lo pide con el sentimiento y con la razón, porque va viendo perderse multitud de valores, limitados, en los graderíos de abajo, por faltar allí, en la capital, ese manantial de la cultura con todas sus facetas.

Todos estamos deseando estimular el crecimiento de España. Todos lucharíamos espiritualmente cuanto hiciera falta, por conseguir que la juventud—futuro de nuestro país—tenga todos los medios a su alcance para crecer, desarrollarse, intelectualizarse y elevar internacionalmente el valor intelectual de España. Lo que nos deprime es ver que se hagan oídos sordos a tanta necesidad, a tanta oportunidad, segada por ser débiles ante sectores interesados en conservar aquel espíritu vetusto, pequeño y mezquino, que padecieron los españoles de antaño.

Tenemos hoy que salir a Europa, tenemos que llegar a su nivel. No nos cabe otra opción. Y creemos que uno de los primeros medios es llevar cultura al pueblo que lo pide. Porque lo necesita en sus entrañas, en su vitalidad, en su empuje. Para mostrar pronto al mundo que estamos a su nivel. Y no darle la sensación de que somos incapaces, de que somos diferentes, pero incultos, ni hacer pensar que nos niegan nuestro noble afán. Pues el pueblo guipuzcoano seguirá clamando, ante la Historia, su necesidad y su deseo, con una voz cada vez más amplia, más elevada y más humana. Es como el cuerpo sediento que pide agua. Cada instante crece su necesidad y se hacen sus gritos más desgarrados.

No creemos que exista más hábil política, cuando se puede realizar, que la de dar a un pueblo aquello que está pidiendo, con la lógica, y con la razón, con la ilusión de elevarse espiritualmente, para honrar a su patria.